

2020

Hyde Park, Sasha, La llamada

José Castro Urioste

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Urioste, José Castro (April 2020) "Hyde Park, Sasha, La llamada," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/32>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

José Castro Urioste

Hyde Park

EL TIMBRE sonó dos veces.

Juan Carlos estaba sentado en el sillón de la sala corrigiendo los exámenes del curso introductorio de Filosofía. Miró su reloj: eran las once de la mañana de un día domingo. Nadie solía visitarlo a esa hora. En realidad, desde que Nela, aquella alumna que se convirtió en su amante, había desaparecido, nadie lo visitaba a ninguna hora.

El timbre de la puerta del apartamento sonó por tercera vez.

Hacía ocho años que se había mudado a ese apartamento en Hyde Park. Lo consideró como una compra acertada: buena ubicación, vista al Lago Michigan, no muy grande ni muy pequeño tampoco, los intereses eran bajos, los pagos de la hipoteca estaban al alcance de su sueldo de profesor universitario. Pensaba que así había asegurado su futuro. Quién sabe si algún día se atrevería a venderlo para comprar otro. El solo hecho de embarcarse en el papeleo y el trajín de otra compra-venta lo desalentaba.

Durante esos años su vida había transcurrido dando clases de ética y filosofía en una de las universidades de Chicago, escribiendo artículos en revistas especializadas, viajando a dar charlas sobre Hegel, Hume, o Sartre. Casi sin darse cuenta dejó de viajar a Uruguay, el país de su padre. Tabaré, el último de sus primos que vivía en Montevideo, se había mudado a Michigan antes de la compra del apartamento en Hyde Park. Así que desde hacía un tiempo no tenía a quien visitar en Uruguay. Y aunque Juan Carlos

era nacido y criado en Chicago, toda la historia del país de su viejo latía bajo su piel. "Antes las aguas de las playas montevidéanas eran claras", solía decirle don Francisco, su padre, cebando un mate. "Cuando iba a Malvín, a Carrasco, o a Punta Gorda, me metía a la playa hasta la cintura y podía verme no sólo los pies, sino hasta los pelos de las piernas. Así de clara era el agua". Ésa había sido la época en que Uruguay era conocido como la "Suiza de América". La época de la democracia, la libertad de prensa, la seguridad social. Era la época en que Uruguay era campeón del mundo en fútbol. "No te imaginás lo que fue vivir ese dos a uno contra Brasil, en el mismo Brasil. Yo estaba chico, pero fue un carnaval tremendo. Y pensar que ahora no le ganamos ni a Bolivia". Es que todo se cayó de golpe. Brutalmente de golpe. Como si bajarán unas cortinas negras, y al levantarlas se tuviera otro país. "Esos fascistas lo jodieron todo", decía don Francisco, cebaba otro mate, miraba a través de la ventana el blanco invierno de Chicago. Quién sabe con qué carajo empezaron primero: si con la interceptación de llamadas, o con el cierre de un periódico de corte socialista, o con la prohibición de algunos libros, o con la tortura de un estudiante universitario que no tenía quien lo defendiera. "Pero de pronto nos vimos viviendo en un país de miedo. El que tenía una opinión diferente a la de los milicos, caía en cana, en tortura, o era desaparecido. Aquí en Estados Unidos, nadie puede entender eso. Nadie. Pero yo, al principio, no creía que estaban sucediendo esas cosas en Uruguay. Eso sucedía en otros países, pero no en el nuestro. Fue tu tío Ignacio, el que me habló del chuponaje. Yo le respondía que debía estar durmiendo mal. Luego me contó que una de sus estudiantes de la Facultad de Letras había desaparecido. Ahí lo tomé por loco. La cosa se puso jodida, cuando tu tío no volvió. Fui a su casa y todo estaba tirado: sus libros regados por el suelo, los papeles, todo, todo. Entonces salí a buscarlo por donde sea. Éramos diferentes, pero era mi hermano, mi propia sangre. Fui a hospitales, a la morgue, a las comisarías, hasta en el manicomio estuve. No había ni rastro de él. Era invierno en Uruguay. Y como vivía a dos cuadras de la rambla, una tarde caminé hacia allá. Pensé que ahí podría encontrar una respuesta sobre tu tío. Claro, no encontré nada. Pero nunca vi el agua de la playa tan revuelta. Como si algo podrido se viniera desde lo más profundo. Al otro día, recibí una llamada anónima: iban a venir por mí. No en tendía por qué. Tal vez solo porque estuve buscando a mi hermano Ignacio. Entonces terminé viajando por estos lares. Entonces nuestro futuro fue volvernos un país de miedo".

El timbre sonó de nuevo. Juan Carlos se levantó. Dejó los exámenes sobre el sofá. No supo por qué se le había venido a la cabeza esa historia de su padre. Él no podía ser el del timbre. Como ya estaba jubilado, había salido de viaje a media semana a Cincinnati donde tenía unos amigos y no regresaría hasta el domingo muy tarde. Pensó en Nela. ¿Sería posible?

Ella aún tenía la llave de la puerta principal del edificio. ¿Sería posible? Más de una vez había soñado despierto que Nela volvía tan de improvviso como se fue. ¿Sería posible? Nela, dónde estarás. Nela, que lo ayudó tanto a buscar el apartamento y que luego lo pintó y lo decoró de arriba a abajo. Nela, que nunca entendió por qué después del 11 de septiembre él había adquirido la manía de explorar en la página web de Al Jazeera. "¿Qué tiene que ver eso con la filosofía?", preguntaba ella. "Mucho, porque la filosofía tiene que ver con lo que está pasando en el mundo, y para entenderlo hay que conocer todos los puntos de vista; eso es lo bueno de este país: todos pueden dar su opinión". Nela no entendía de que servía dar una opinión, si nadie la escuchaba. No entendía por qué Juan Carlos pasaba tanto tiempo escribiendo un artículo en contra del proyecto de ley que buscaba que se colocara un *chip* en la licencia de conducir que permitiría saber la ubicación de todo el mundo. "Ese proyecto va contra la libertad", le decía él. "¿Cuál libertad?". "Ésta, Nela, ésta que no vivió mi padre en su país, y por la cual mataron a mi tío. Esta libertad que hace que los dos estemos aquí y salgamos a la calle y regresemos a la casa". Pero Nela no creía en sus artículos ni en sus palabras. Nada cambiaría con ellos. Si querían rastrearlos con un *chip*, lo harían. Probablemente ya lo estaban haciendo. "¿De qué estas hablando, Nela? Esto no es Uruguay, ni la Argentina de los 70. Esto no es el Chile de Pinochet". Ésa fue una de las últimas conversaciones que tuvieron. Después ella no vino más a Hyde Park. Después él se resignó a dejarla ir. Se quedó solo con su rutina de profesor. Solo y soñando que un día Nela volvería y estaría detrás de esa puerta. El timbre volvió a sonar. ¿Sería ella? ¿Estaría Nela de vuelta?

Juan Carlos se acercó a la puerta, abrió: dos tipos vestidos de traje oscuro estaban allí. Ambos masticaban chicle. Ambos tenían el cabello bien recortado. Uno de ellos, de aspecto latino, llevaba lentes de sol, a pesar de estar en un vestíbulo. El otro tenía pinta de tener ancestros eslavos.

—¿Qué le tomó tanto en abrir? —dijo el latino.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿No lo adivina? —respondió el de aspecto eslavo.

—No, realmente, no.

Los visitantes se miraron. Luego, sincronizadamente, mostraron sus identificaciones.

—Capitan Carlos Garcia, del FBI. Él es el teniente Tom Jarroski.

¿Nos deja pasar?

Los hizo entrar. Ambos miraron el departamento como si husmearan.

—Ya sabe a qué venimos ¿no? —dijo García.

Juan Carlos pensó que tal vez querían una carta de recomendación para un estudiante que postularía al FBI. Luego recordó que el semestre anterior había enviado una carta apoyando a Scott Peterson, un alumno

que había sido *marine* y postuló al FBI. Debía ser eso. Seguramente querían más información sobre Scott.

—¿Es sobre Scott?

—A Scott le va bien —dijo el que parecía eslavo.

—Entonces, no sé.

—Queremos los nombres —dijo García.

¿Los nombres? Penso que había un error. Que seguramente se habían equivocado de apartamento y de persona.

Dígaños los nombres, profesor, y nos ahorramos esta conversación. Sabemos bien quien es usted. Sabemos las páginas de internet que usted revisa. La de Al Jazeera, por ejemplo —dijo García.

Juan Carlos se sorprendió. Y ellos se dieron cuenta. Le hubiera gustado decirles cómo se atrevían a indagar en eso, que era en contra de sus derechos hacerlo. Pero intuyó que ése no era el mejor camino. También intuyó que no había un error de identidad. Era a él, definitivamente, al que buscaban. ¿Pero de qué nombres hablaban?

—También sabemos de sus artículos.

—¿Está usted en contra del gobierno?

—¿Es esto un interrogatorio? —se defendió él.

—No oficialmente.

—Sabemos bien que usted está involucrado.

¿Involucrado en qué?, se preguntó. Quiso decirles que era un profesor de Filosofía, medianamente pagado, que sí era cierto que veía la página web de Al Jazeera pero que eso no era un delito, que su novia había desaparecido y nunca más supo de ella. ¿Nela? ¿Qué había pasado con ella? ¿Tendría ella algo que ver con esto? ¿Ella habría informado de su hábito de explorar en la página de Al Jazeera? ¿Por eso habría desaparecido de su vida de la noche a la mañana? Entonces vio que el agente de aspecto latino husmeaba sus libros que estaban en los estantes de la sala.

—Sabemos también lo que predica en sus clases. Vamos profesor, quiénes son sus contactos. ¿Acaso no ha dicho usted en sus clases que posiblemente el gobierno planeó el ataque a las torres gemelas?

Entonces pensó en Scott. Sí, quien otro. Él podría haber pasado esa información sobre sus clases. ¿Pero no tenía el derecho a la libertad de cátedra? ¿No estaba protegido por la primera enmienda a la constitución?

—De nuevo le pido que suelte los nombres, profesor.

De pronto escuchó el golpe de varios de sus libros que cayeron al suelo. El agente de aspecto latino los había lanzado desde el estante más alto.

—Oiga usted, no tiene derecho a hacer eso.

Otra ruma de libros cayó al piso.

—¡Qué lecturas tan interesantes, profesor! —dijo burlescamente. Y otro montón de libros volvió a caer, desperdigándose por el piso.

—¡Le prohíbo que haga eso! —gritó con todas sus ganas, como pocas veces lo había hecho en su vida.

No se dio cuenta cuando sorprendentemente sintió un golpe que le cruzó la cara. Nadie lo había golpeado antes y desconocía la sensación. Se descubrió de bruces en el suelo, rodeado de sus libros. Por un instante, pensó en su padre cuando contaba que encontró todos los libros regados en casa de su tío Ignacio. Se tocó la cara y sintió un hilo caliente. Entonces supo que estaba sangrando. Aquí no pasaban esas cosas, pensó. Eso sucedía en el país de su padre, en el Chile de Pinochet. Aquí había derechos, había democracia. Pero el dolor de la cara, como si estuviera a punto de reventar, le mostraba otros indicios.

—Vamos, profesor, evitemos esto, y díganos los nombres de sus contactos.

Juan Carlos alzó la cara y por la ventana pudo ver el Lago Michigan: nunca había visto el agua tan turbia, como si algo podrido se viniera desde lo más profundo.

Sasha

ESTA HISTORIA me fue contada en Oak Park, el barrio del viejo Hemingway y del arquitecto Frank Lloyd Wright, en el que me tocó vivir por razones del azar. Se la escuché a Sasha, mi mujer de aquel entonces. Todavía en esos años —me refiero a fines de la década de los noventa— y seguro que hoy en día también, ella solía decir que era de Yugoslavia. Antes que la guerra empezara y destrozara a ese país, Sasha vivía en Mostar, una ciudad pequeña y placentera de Herzegovina. La vida era buena —me contaba— y parecía que siempre sería de ese modo. Ella y su hermana menor iban a la escuela, jugaban tenis, nadaban en la piscina del barrio. Sus padres, él ortodoxo y ella católica, trabajaban sin que les fuera la vida en el trabajo. A los veinticinco años su padre había construido una casa lo suficientemente amplia para que fuera un nido para su familia. En Mostar —me seguía contando Sasha, mientras bebía un café o preparaba pulpo en aceite de oliva en mi departamento de Oak Park— todas las religiones se podían vivir sin agredir a nadie. Sus padres eran un ejemplo de eso. Jelena era la mejor amiga de Sasha cuando era niña. Su familia era croata pero había llegado hacía más de una década a Mostar. A ratos, Sasha parecía vivir en casa de Jelena, y a ratos, Jelena parecía vivir en casa de Sasha. Cuando la guerra empezó y las tensiones se encrisparon entre serbios y croatas, Sasha y Jelena juraron no separarse nunca, y si el destino las obligaba a hacerlo seguirían unidas en sus corazones. Fue la tarde en que intercambiaron dos

rosas blancas.

Sasha y su hermana menor estaban jugando tenis cuando cayó una granada cerca de la red, y el proyectil quedó casi equidistante entre las dos muchachas. Permanecieron paralizadas, mirando ese objeto negro cerca de la red, esperando. La granada no explotó. Pero fue suficiente aviso para su padre. Esa misma tarde les ordenó a su mujer y a sus hijas que hicieran las maletas y dos horas después abandonaron la casa de la que él se sentía tan orgulloso, abandonaron Mostar, abandonaron Herzegovina. Sasha, de doce años ya, abandonó a Jelena sin poder decirle adiós.

Viajaron por medio de Rumania, Hungría, Austria. Todavía recordaba Sasha unas calles oscuras en Budapest a las que entraron por casualidad, y cuyas esquinas estaban repletas de prostitutas. Las mujeres no escatimaban en insinuársele a su padre cada vez que sobreparaba el carro en un semáforo. Fue Alemania, finalmente, el país que los acogió. Vivieron en un barrio en las afueras de Berlín. Sasha y su hermana aprendieron alemán en menos de tres meses y se convirtieron en las traductoras de sus padres. Su padre, un economista graduado, trabajó en más de una fábrica haciendo labores físicas, y su madre hacía tareas de costura. En esos años la mayoría de sus amigos fueron turcos y árabes. Alemania le gustó. Allí ella fumó su primer cigarrillo (cuando conocí a Sasha era una fumadora empedernida), allí recibió su primer beso y me imaginó que allí hizo el amor por primera vez. Alemania se convirtió en su casa. Sin embargo, siempre recordaba los pétalos de la rosa blanca de Mostar.

Cuando empezó a aprender sobre el Internet (ya tendría unos quince años y ella, curiosamente, era un tanto reacia a la tecnología), se le ocurrió, a través de ese medio, buscar un rastro de Jelena. Hizo varios intentos que fracasaron. Jelena parecía no estar en ese mundo electrónico, y quién sabe dónde estaría. Una noche —me confesó— sintió un impulso irracional de sentarse en la computadora y proseguir con la búsqueda. Sus padres dormían y ella trataba con todos los buscadores posibles. De pronto, encontró una dirección. Sí, podía ser Jelena, o tal vez un homónimo. Pero envió un mensaje como si lanzara una botella al océano.

No hubo respuesta al otro día. Tampoco al siguiente, ni al siguiente. Pasó casi una semana cuando llegó un mensaje que era una contestación al suyo. Sasha lo abrió con todas las ganas alborotadas del mundo. Sí, era Jelena. Jelena su amiga de Mostar con quien había jurado llevarse siempre en los corazones. Le contaba que ella y su familia se habían exiliado en Viena y estaban viviendo allí por tres años. Sasha pensó que Viena no estaba tan lejos de Berlín y que en cualquier momento se podrían visitar. Luego siguió leyendo la pantalla. Jelena le decía que sería el primer y el último mensaje que le enviaría. Ella no tenía interés en saber de Sasha, ni en tener contacto con ninguna persona de Herzegovina y menos si

era serbia. Su tío Vlado y sus dos primos croatas habían sido asesinados por soldados serbios de Herzegovina. Éstos habían asaltado la casa de su tío una noche. La manera de matarlos fue cortándolos en pedazos, de a pocos, con paciencia exagerada. Dedos esparcidos en un piso de madera, orejas, piernas, genitales, ojos. Gritos que Jelena imaginó. Gritos que Sasha imaginó. Jelena agregaba que sólo podía tener un gran odio por la gente serbia de Herzegovina, incluyendo a Sasha.

Cuando Sasha me contó la historia no hubo en su voz nostalgia, ni pena, ni un mínimo resquebrajamiento. Su tono estaba dentro de la normalidad, como si hubiera aprendido muchos años atrás que la decepción hasta el vacío, el odio eterno y la irracionalidad humana fueran parte del reino de lo natural. Luego de contarme la historia ella sirvió la comida —tal vez pulpo— y después, terminado el último bocado, nos encerramos en mi dormitorio.

La llamada

A Manuelita Fernández

CASI MEDÍANOCHÉ. Vuelves a mirar el teléfono. Está ahí, reposando en la mesita de tu cuarto. Casi medianoche. No te atreves a levantarlo. Lo miras. Luego miras el reloj que está en la cómoda. Ellos deben estar esperando tu llamada. Quizás Amanda, tu mujer, esté sirviendo la comida y los muchachos anden jugando en el patio trasero de la casa. Casi medianoche. Tus ojos se clavan a la ventana: hoy ha hecho un frío del carajo. Y ese frío se nota en la calle: nadie camina desde hace horas, los árboles han perdido hasta la última hoja, y en la pista y las veredas seven unos manchones blancos de la nevada de hace tres días. Sí, no falta nada para que sea Navidad. Tu primera Navidad en New Jersey. La tele anda encendida en la sala. No tienes ni idea de lo que están pasando a pesar que pusiste uno de los canales en español. Sólo escuchas desde tu cuarto un ruido que resulta amorfo pero te hace compañía. Te acercas a la ventana: sientes un poco de aire frío que se cuela dentro de tu cuarto. Pones tu mano ahí, en la rendija, tratando de cubrir el aire. Si supieran ellos de ese frío. Si supiera Amanda. Si supieran tus hijos. Cuándo en Lima un viento helado se iba a colar por una ventana como si fuera una fuga de gas, cuándo había que sacarle la escarcha al parabrisas del carro por la mañana, cuándo había que estar pendiente de la calefacción. ¿Cómo llegaste a eso, Rubén? ¿Cómo llegaste hasta aquí? Jamás lo pensaste, jamás lo soñaste. Y te acuerdas cuando tu hermano Francisco te propuso abrir una tiendecita para vender repuestos

de carros. Sí, cómo te acuerdas de esa tarde. Cuántos años ya hace de eso. Él había visto un local que se alquilaba en la Avenida Iquitos, y no pedían mucho para el alquiler. Y por todos los alrededores de la avenida había talleres de autos. El que menos caería por la tienda, Rubén. Sí, te acuerdas. Tu hermano Francisco siempre sonriente, siempre convincente. Habría que tener un buen surtido de repuestos, te dijo. Sobre todo repuestos de Datsun, Volkswagen, Toyota, Chevrolet. Ésas eran las marcas. Tú Rubén eras amigo de la mayoría de mecánicos que chambeaban en el área. Quién no te conocía. Con quién no habías tomado un par de chelitas. Y pasándoles la voz a esos patas ya se tendría una buena clientela. ¿Qué decías? ¿Le entrabas a la chamba, Rubén? Y te animaste. Con tu hermano Francisco remodelaron la tiendecita. Pusieron armarios, cajas, archiveros, mostradores. Todo comprado en Tacora a precios ínfimos. Todo arreglado por ustedes mismos. Cómo te acuerdas de eso, cuanto tiempo ya. Pintaron la fachada de la tienda: la mitad de la pared en blanco y el resto en un azul añil tremendamente chillante. “Es un tono bien chuchumeco”, dijo tu hermano. “Y esos son los colores que le gustan a la gente”. Arriba de la puerta pusieron un inmenso cartel: “El Pistón Loco”. Así le pusieron a la tienda. “Hay que hacer que todos nos compren a nosotros” decía Francisco, “hay que hacer que hasta el mismo Manco Cápac, el que está parado en el pedestal de la plaza, se baje de allí y venga un día al Pistón Loco a comprar bujías para su Célica ¿Te imaginas, Rubén, a Manco Cápac con lentes oscuros y manejando un Célica con el acelerador a fondo?”. Y para la inauguración del Pistón Loco invitaron a los mecánicos del barrio y destaparon varias cajas de Cristal y de Pilsen. ¡Qué tiempos aquellos, Francisco! ¡Qué tiempo aquellos, Rubén! En un año quién sabe cuánto se vendió. Fue la locura del Pistón Loco. No había repuesto que no tuvieran. Abrían a primera hora, y eran los últimos en cerrar. Casi hacía fines del segundo año Francisco te dijo que que tal si compramos el local, hermano, ya no alquilarlo sino que fuera de ellos mismos, vamos a medias, ¿qué dices, Rubén? Y lo compraron. Te acuerdas bien cuando firmaron los papeles. Te acuerdas de la sonrisa de tu hermano. Te acuerdas de la tuya. Se habían roto el lomo pero tenían su tienda. Es nuestra, Francisco; es nuestra, Rubén.

Miras la hora otra vez: un poco más y las dos agujas están una encima de la otra. ¿Qué ibas a decirles a tus hijos esta vez? ¿Qué ibas a decirles además del saludo protocolar de esta noche navideña? Le preguntarías a Amanda si llegó la plata que le habías enviado por Western Union, le preguntarías como les había ido a los muchachos en el colegio. ¿Habían pasado todas sus clases? Bueno, Rubencito ya estaba en la universidad. ¿Le había gustado su primer semestre? Y el enano de Paulín, tu hijo menor de cinco años, cómo se estaba portando. Amanda te había contado en tu última llamada que Paulín iba a salir vestido de San José en la ceremonia

de clausura y que esa misma tarde iba a alquilarle un traje, con bastón y con barba. ¿Habría sacado fotos, Amanda? ¿Las podría escanear y mandarlas por Internet? Ése sería un buen regalo que podrías recibir para estas fechas: una foto de Paulín vestido de San José y una foto de todos ellos. Y piensas en la Amanda de hace casi veinte años. La que conociste cuando recién habían comprado el Pistón Loco. Llegó acompañando a su hermano, un colorado que parecía salido de Lurigancho que vino a preguntar por un cigüeñal para Volkswagen escarabajo. Ella hablaba poco, masticaba chicle, miraba de un lado para otro, masticaba chicle. Era flaquita, como las que a ti siempre te han gustado. Hacía calor y llevaba una camiseta sin mangas, unos pantalones cortos. Tú poco le conversaste esa vez. Pero le hiciste un buen descuento al Colorado. Para que regrese con su hermana, pensaste. Y el Colorado regresó después de un tiempito. Esa vez necesitaba pistones, válvulas, cilindros, todo de Volkswagen escarabajo. Te provocó decirle esa vez que no había descuento por no haber traído a su hermana. Igualito se lo hiciste. No sabías bien por qué, pero lo hiciste. Y a las tres semanas se apareció ella solita. Todavía era verano. Todavía llevaba camiseta sin mangas, pantalones cortos. Todavía masticaba chicle. Lo rumiaba en realidad. Rumiando te dijo que venía a buscarte de parte de su hermano porque necesitaba unos repuestos y te dio un papelito. Había todo tipo de repuestos de Volkswagen escarabajo, como siempre. Y ella allí te contó la historia. A su hermano le habían robado el carro hacía un par de años y recién habían recuperado sólo el chasis, y ahora estaba armando el motor de a pocos. Entonces se te ocurrió decirle que cuando fuera a registrar el número de motor que te avisara porque tú podrías darle un mano (siempre y cuando ella regresara, pensaste). Y el Colorado reapareció por el Pistón Loco. Sí, hermano, te dijo, inscribir el número del motor era un papeleo de nunca acabar, y un dolor de cabeza y pura coima. Ya había sobornado a más de uno y todavía las cosas no estaban y lo único que quería era que se inscribiera el número en el nuevo motor. Que vaina, hermano, te roban el carro, te lo devuelven jodido, lo pones en orden, y ahora hay que coimear hasta a los ministros solo para grabar el número. ¿Lo podría ayudar, Rubén? Su hermana Amanda había dicho que le podría dar una mano. ¡Ah!, se llamaba Amanda, pensaste. Después de tanto tiempo recién te enterabas de su nombre. Amanda, bonito nombre. ¿Qué decía, Rubén? ¿Lo ayudaba? Si quería, Colorado, él mismo, Rubén, grababa el número. Así nomás, sin permiso ni nada. Tenía el cincel y todos los números listitos para ser grabados. Nadie lo iba a notar. Ningún policía. Se lo garantizaba. Iba a poder andar tranquilo por todo Lima. El Colorado aceptó. Gracias, Rubén. No te imaginas lo que es salir en el carrito de nuevo. ¿Cómo le podía pagar esto? Y casi al año y medio te estuviste casando con Amanda. Vaya pago que te hizo el Colorado. Claro, hubo un adelanto: Rubencito

estaba en camino. Al principio los tres estuvieron en casa de los viejos. Tus viejos adoraban a Amanda. Pero el Pistón Loco era imparable. Contrataron al Colorado porque empezaron a abrir incluso los domingos. Y a veces venía la gente de los barrios pitucos a comprarles a ellos no sólo por el precio sino porque siempre tenían todos los repuestos que el cliente pedía. Entonces soñar con una casa propia no era una ilusión. ¿Qué te parece ésta, Amanda? Quedaba en Puebló Libre. A tres cuadras de la Avenida La Marina. “Pero está un poco lejos de la casa de mis papás”, dijo ella abriendo una caja de chicle. Amanda era recontra pegada a sus padres, sobre todo a su mamá, quien también de rato en rato masticaba chicle. Tú pensaste que podría ser la oportunidad para despegarla un poco. “Una combi te deja en veinte minutos”, le dijiste. “¡Qué son veinte minutos de separación de la casa de tu mamá! Y todos los domingos nos vamos a verla para que la ayudes en lo que sea. ¿Qué te parece, Amanda?” La convenciste, Rubén, previa hablada con el Colorado.

Tu mano que estaba cerca a la ventana empieza a cambiar de color. Te frotas, y el frío va pasando. Afuera todo sigue igual, inmóvil, congelado. Ya es medianoche y entonces finalmente te animas a agarrar el teléfono. De tu billetera sacas una tarjeta de llamadas pre-pagadas y marcas la recatafila de números, luego el prefijo de Perú, el de Lima, el número de la casa. Y esta última palabra se te queda dando botes en la cabeza. Alguna vez tuvieron una casa todos juntos, y tú estabas en esa ecuación de todos juntos. Una casa que tú mantenías con la ayuda de Amanda, una casa en la que los muchachos corrían de un lugar para otro y hacían sus fiestas de cumpleaños, una casa a la que llegaban tus viejos y los de Amanda, y tus hermanos y los de Amanda, y cocinaban un par de ollas de arroz con pollo y bebían cerveza Cristal. ¡Mierda, el teléfono anda ocupado! A esta hora, y en esta noche, todo el mundo debe estar llamando a todo el mundo. ¿Para qué carajo estuviste esperando hasta las doce si sabías que iba a dar ocupado? En fin, sería para decir feliz Navidad cuando todos allá estaban diciendo lo mismo. Como si eso fuera a cambiar mucho tu historia de pasar estas navidades acompañado de un televisor encendido al que no haces caso. Das unos cuantos pasos y estás en la sala. Miras la televisión por primera vez y ahí anda ese animador panzón que se llama don Francisco haciendo el ridículo. Te sientas en el sofá. En la televisión un tipo canta espantosamente. Hay que estar desesperado por plata o tener mucha personalidad para cantar así de mal en público. Y don Francisco baila alrededor del tipo que canta hasta que suena una trompeta estridente y viene un fulano vestido de león que se lleva al cantante fracasado. La tele sigue y tú te vas olvidando de ella. La ves y no la ves. Piensas que en tres semanas sera el cumpleaños de tu hija Ana Lucia. Ya va para los trece añitos. Parece mentira: trece añitos. ¿Qué te gustaría regalarle, Rubén? Ana

Lucía nació cuando ya habían comprado la casa de Pueblo Libre. Sí, en esa época. Habías conseguido un préstamo a veinte años. Y la casa tenía mucho espacio, y mucha luz. A Rubencito también le gustaba y Amanda terminó acostumbrándose a los veinte minutos de viaje en combi hasta la casa de su mamá. El Pistón Loco seguía en buena locura. No creciendo, pero se mantenía. Daba para contentar a su familia, daba para la familia de su hermano Francisco, y también para el Colorado que era soltero. Pero tu hermano Francisco dijo que se hacía necesario tener un nuevo contador. Alguien que manejara mejor la cuestión de los impuestos porque por ahí se los estaban comiendo. No era justo, Rubén, decía Francisco, uno ponía su esfuerzo en levantar un pequeño negocio y este nuevo gobierno se quería comer la mitad de las ganancias, ¿por qué no recortaban los sueldos de los diputados? Tu hermano Francisco contrató a Araceli Sandoval, egresada del programa de contabilidad de San Marcos, y con maestría, también en contabilidad, en la Universidad San Martín de Porras. Cuando la viste, pusiste ojos de lóbulo. Y te imaginaste encima de ella. Quién sabe si ella imaginó también lo mismo. Semanas después les tocó cerrar la tienda. ¿O ella se quedó hasta que tú tuvieras que cerrar la tienda? Cuando estuvieron a solas, no hubo palabras, no hubo titubeos, era una fuerza que se les venía desde adentro y en medio de pistones y válvulas y baterías se fueron uno contra el otro y rugieron los motores. Tenías treinta y cinco años y nunca antes habías sentido esa sensación por una mujer. Nunca. Instintos básicos, te dijiste. Nadie se enteró del romance. Ni tu hermano Francisco. Así se pasaron casi seis años. A escondidas, en secreto. Cómo te gustaba tenerla a tu lado. Instintos básicos. Casi seis años. Instintos básicos. A escondidas, en secreto. De pronto, una tarde te dijo que ya era hora que hablaras con Amanda, que ella, Araceli, tampoco se podía pasar así toda la vida. ¿Hablar con Amanda?, pensaste. Eso nunca fue parte del contrato implícito con Araceli. No supiste cómo reaccionar. Tú pensaste en tus hijos. Jamás los dejarías. No dejarías a Amanda. Tampoco. Pero cómo te gustaba tener a Araceli a tu lado. Instintos básicos. Y saliste con la mentira más fácil: "Ten un poco de paciencia". Una mentira que podría costarte cara porque le daba a ella una esperanza. Entonces con el tiempo Araceli vino a la carga. ¿Cuándo ibas a hablar con Amanda? ¿Por qué no pensaban en mudarse juntos? ¿Acaso no se conocían suficiente? No respondiste. Y Araceli te enfrentó. "Tu no piensas decírselo, ¿no?" Así te lo dijo. A boca de jarro, a quemarropa. De tu parte silencio. "Se lo diré yo", dijo ella, su segundo disparo y te dejó solo en el cuarto de uno de los tantos hoteles que visitaban. No te quedó otra alternativa que hacerle la consulta a Francisco. "Mira, hermano, la historia es ésta". Él se quedó boquiabierto. Jamás lo hubiera sospechado. ¿Casi seis años en ese plan, Rubén? Luego que le soltaste todo, tu hermano permaneció pensando. "Tienes que escoger entre

una de ellas", te dijo. "Ya escogi", le respondiste, "y yo no quiero dejar a mis hijos". "Entonces te toca hablar con Amanda, antes que Araceli lo haga". Se lo contaste a Amanda. Y te botó de la casa esa misma noche. Te odiaba, te odiaba con todo el corazón. Viviste un buen rato en un hotelito por la Avenida Canadá. Araceli se quedó sin trabajo y jamás supiste de ella. ¿En dónde estará ahora? Toda la familia de tu mujer se enteró de tus instintos básicos, y toda tu familia también. A pesar de eso empezaron a interceder a tu favor. "Vamos, Amanda, Rubén no era un mal tipo", le decía el Colorado, "ha metido la pata pero no era un mal tipo". Ella te odiaba. Tú siempre veías a tus hijos. Tratabas de llevarlos al colegio, de comprarles sus antojos, tratabas que no faltara nada en la casa de Pueblo Libre. Entre una ida y otra, y entre tanta cantaleta familiar, Amanda terminó aceptando que regresarás. Pero siempre quedó archivada en su memoria la sombra del engaño (aunque nunca supo que fue por casi seis años). A eso había que agregar que fue con una mujer de veintitantos, y a eso había que agregar que tu esposa ya bordeaba los cuarenta. Entonces Amanda tenía sus pequeñas revanchas insinuando que los chiquillos las preferían maduritas, tan maduritas como ella, y a ti no te quedaba otra opción que quedarte en silencio, pensar en el tiempo de los instintos básicos.

Escuchas un chirrido en la televisión. ¿Qué pasó? ¿Se acabó el programa o habrá un problema con el cable? ¡Ah!, te estabas olvidando. Caminas un par de pasos y llegas a la cocina. Abres la refrigeradora: la botellita de sidra. La destapas, te sirves un trago. Siempre hay que brindar ¿no? Caminas otro par de pasos y llegas a la sala. Entonces bebes un trago de sidra y te dices a ti mismo: ¡Feliz Navidad, Rubén! Te sientas en el sillón, te encoges en ti, cambias de canal con él control remoto. ¡Feliz Navidad!, repites y miras al techo, hay un par de manchas de humedad: ¡Feliz Navidad! Suena el teléfono. Rubén, el teléfono está sonando. Y reaccionas y saltas. Son los chicos que están llamándote. Es Navidad. Y el teléfono suena. Y corres los cuatro o cinco pasos desde la salita hasta tu cuarto. Y agarras el teléfono. "¡Aló!" Del otro lado se escucha un muchas felicidades porque usted ha sido elegido para una instalación gratis de Direct TV, y por un mes puede también tener cable gratis, y el mes siguiente entrará en un sorteo para pasajes a Disneylandia para toda su familia. Cuelgas. Un sabor amargo. Miras la hora: doce y media. Es hora de un nuevo intento. Seguro que allá están comiendo. ¿Habrán ido tus suegros a la casa de Pueblo Libre? ¿Estará también el Colorado? ¿Seguirá él haciendo taxi en su Volkswagen? Sacas la tarjeta de llamadas pre-pagadas. Y de nuevo la recatafila de números. Esperas. Ojalá que la llamada entre esta vez. Esperas. Carajo que todavía no entra. De nuevo haces otro intento. Nada. Entonces caminas cinco pasos y llegas a la sala, das una mirada a la televisión, caminas dos o tres pasos más, entras a la cocina, abres la refrigeradora, a ver qué hay: unas sobras del

chifita de anteayer, o quizás calentar ese arroz y meterle un huevo frito. Mejor tomarse otro trago. Cierras la puerta de la refrigeradora. Dos o tres pasos y andas en la sala donde dejaste la botella de sidra. Te sirves. Salud, Rubén. Te vuelves a servir y te acuerdas que Francisco habló por primera vez de Renusa al poco tiempo que dejaste a Araceli. ¿Qué es eso, hermano? Tú vivías en la luna. Con todas tus vainas familiares no tenías ni idea de lo que estaba pasando a la vuelta de la esquina. Y Francisco te lo dijo: es que están viniendo a Lima empresas muy grandes. Quién sabe si Renusa sea una de esas. Vaya uno a saber. Lo cierto es que están abriendo un inmenso local en el Paseo de la República, un poco antes de llegar a la Avenida Canadá. ¿No habías visto el letrero, Rubén? La verdad que no, tú sólo habías tenido cabeza para pensar en que Araceli ya no estaba, en que Amanda de rato en rato te mandaba un dardo y de vez en cuando la veías en Internet buscando citas a ciegas con mocosos, y en que por suerte tus hijos estaban bien a pesar de la crisis familiar. ¿Y esa tienda Renusa nos puede afectar las ventas, Francisco? Ojalá que no, pero tú tenías que hablar con tus patas mecánicos, Rubén, para que ellos siguieran enviando a sus clientes al Pistón Loco, para que se mantuviera esa costumbre. Entonces hablaste con el Huaylas, con los hermanos Ordóñez, con Mauricio. Todos dijeron que no te preocuparas. Ellos eran fieles al Pistón Loco y mantendrían a su gente fiel al Pistón Loco. Al principio no hubo problemas de ventas. Lo suficiente para vivir tranquilo. La caída se sintió hacia el final del año, cuando Renusa empezó a ser conocida. Francisco se jalaba los pelos. “Es que esos pendejos de Renusa venden unos repuestos alternativos chinos a mitad de precio. Como competir, Rubén. Cómo mantener a nuestros clientes por más que los mecánicos le digan a su gente que vayan al Pistón Loco, que ahí tendrán los mejores descuentos. Cómo Rubén”. Renusa tenía de todo, desde llantas hasta aceite, pasando por sensores, bujías, alfombras, y todo es más barato. “¿Que hacemos, hermano? No te quedes callado y dime algo. Deja ya de pensar en tus polvos con la contadora y dime algo, Rubén, dime algo”. “Amanda, está embarazada”. “¿Que?” Tu hermano se quedó mirándote fijo: ése no era el mejor momento para aumentar la familia. “No había estado planeado, Francisco, y parece que lo vamos a tener”. Tu hermano volvió a mirarte fijo: ¿Cómo iba a llamarse? Quizás Paulín. Francisco te puso una palma sobre el hombro: “En nombre de tu hijo Paulín, vamos a ganarle a Renusa”, te dijo, “vamos a buscar esos repuestos chinos y venderlos más baratos para mantener a nuestros clientes y para que tu tercer crío tenga todo lo que se merece”. Buscaron a esos proveedores de repuestos chinos por todo Lima, por el Callao, por el sur del país. La respuesta fue la misma: Renusa tenía el monopolio. A mitad del año solo había una solución para tener menos gastos. “¿No hay otra salida, Francisco?”, le preguntaste a tu hermano. “Es lo único que podemos hacer para sobrevivir. Ya hemos

perdido la mitad de la clientela, pero nos queda la del barrio. Con ellos podemos continuar con vida. Pero tenemos que hacer recortes". Entonces despidieron al Colorado. "Lo entiendo", les dijo, se encorvó un tanto, "por suerte tengo mi Volkswagen y puedo ponerme a hacer un poco de taxi".

Paulín nació riéndose. No llorando sino matándose de risa. Era como si no estuviera enterado del mundo al que llegaba, o como si tuviera el don de burlarse de todo desde su nacimiento. También su nacimiento hizo que Amanda dejara de enviarte dardos y dejara de buscar muchachos veinteañeros por Internet. Parecía que de verdad se había olvidado de tu vida con Araceli y que de verdad te había perdonado. Todos en la familia hicieron fiesta por la llegada de Paulín y decidiste, a no dudarlo, que el padrino fuera tu hermano Francisco, y de madrina Amanda impuso a su madre. Por tres años vivieron con las justas. A las justas con los pagos de la casa, con el colegio de los chicos, a las justas con los pagos de la luz y el agua, y ya no quedaba más. No había un centavo extra para instintos básicos. Porque, a fin de cuentas, las amantes cuestan. ¿En dónde andaría Araceli? ¿Habría venido también a los Estados Unidos? Varias veces soñaste despierto que la encontrabas en un supermercado gringo haciendo las compras de la semana. ¿Te hablaría? ¿Te hablaría Araceli después de tantos años? Y tú, ¿qué le contarías?

Era mayo. Lo recuerdas bien. Era mayo y Lima ya tenía ese cielo grisáceo invernal. Era mayo cuando le dijiste a Francisco que en el terreno ese a tres cuadras más abajo, ese terreno que eternamente siempre fue un baldío y en el que a veces, cuando eran chiquillos, jugaban pelota, allí mismo, te había parecido que estaban construyendo. "Ojalá que sean viviendas", dijo Francisco. En tres meses levantaron toda la construcción. Un local de dos pisos, color gris, con grandes vidrios. Renusa había abierto una sucursal. Cuando tu hermano lo supo, se sentó detrás del mostrador del Pistón Loco, apoyó el codo derecho en una pierna, se agarró la cabeza. "¿Cuánto iremos a durar, Rubén?" Viste en él unos ojos envejecidos, como si de golpe, en un segundo, todo lo que había vivido se le hubiera venido encima. "Tantos años chambeando", te dijo, "y hoy día no sé cuánto vamos a durar, hermano, porque ahora cualquiera del barrio que necesite un repuesto se va a ir tres cuadras más abajo". Volviste a hablar con tus patas mecánicas, pero ya ellos no te aseguraron nada. "Tú sabes, Rubencito, la gente se va por lo más económico y esos repuestos alternativos chinos se compran en centavos". Así y todo ustedes bajaron los costos hasta lo mínimo, casi ganando unas miserias. Así y todo, llegó la respuesta a la pregunta que se hizo Francisco. Fueron ocho meses. En ocho meses el Pistón Loco se fue a pique. "Hay que traspasar", te dijo tu hermano. "Pero quién nos va a comprar la tienda". "Yo ya hablé". Y le clavaste los ojos a sus ojos: "¿Con quién, Francisco?" "Con la gente de Renusa".

Y traspasaron el Pistón Loco a Renusa. Algo de plata te quedó, pero cuánto te iba a durar con la recatavila de pagos que tenías que hacer. Una familia con tres hijos y tu mujer que a veces hacía un cachuelo cosiendo una que otra ropita. ¿Qué voy a hacer, Francisco? Cuando se acabe ese billete no ibas a poder pagar las cuotas de la casa, y el banco se la quedaría. No podías dejar a tus hijos sin casa. Además, ya tenías más de cuarenta años y sólo sabías chambear en repuestos de carros. No podías ponerte a solicitar otro trabajo, ¿en que? Entonces tu hermano te habló del Flaco Gutiérrez, uno que a veces jugaba fútbol con ellos en el colegio. Era más de la generación de Francisco que de la tuya, pero seguramente lo conocías. Uno alto, medio narigón, con los ojos un tanto torcidos, pero buena gente. “¿Y cuál es la nota con el Flaco Gutiérrez, hermano?” “Él anda por Nueva Jersey”, te dijo Francisco, “trabajando en repartición de periódicos y saca buena plata”. El Flaco podría alojarte unos días en su depa mientras te instalabas allá, y darte unos contactos de chambas. “Ya después tú te abres paso”. ¿Irse a Estados Unidos, Francisco? Parecía que no te quedaba otra: el Pistón Loco se fundió, en el Perú no hay chamba, y tú habías dicho que lo único que sabías hacer a tus cuarenta y tantos era vender repuestos de carros. Quizás sería mejor que primero tú te fueras solo y cuando te pareciera mejor, jalabas a toda la familia... La casa la podría vender después el mismo Francisco. “Ahí está ese camino, Rubén: tú eres el que decides”. Lo hablaste con Amanda, y ella al principio dudó. Eso de irse a Estados Unidos, lejos de su madre y de toda su familia no la convencía. Pero al final, después de veinte mil argumentos idénticos, ella aceptó. Y meses después tú tomaste un avión en Continental Airlines, llegaste con visa de turista a Nueva Jersey, conociste al Flaco Gutiérrez, empezaste a repartir periódicos a las tres de la mañana, y en poco tiempo se venció la visa y pasaste a engrosar la lista de indocumentados en Estados Unidos. La plata más o menos alcanzaba para pagar tus vainas de allí, para mandar algo a la familia, para ahorrar para los pasajes de todos. Así que en menos de un año le dijiste a Amanda que ibas a hacer las reservas para que se virriera. Esa vez ella no dijo nada, y su silencio se te quedó en tus adentros. En una llamada posterior, le dijiste que tenías fecha para su vuelo: era el 24 de octubre, salían a medianoche y llegaban a Nueva Jersey a media mañana del 25, tú los estarías esperando en el aeropuerto con todas las ganas del mundo y ya para esa fecha te habrías mudado a un apartamento un poco más grande, nada como la casa de Pueblo Libre, Amanda, pero estarían cómodos, a los chicos les gustaría también. De parte de ella hubo de nuevo silencio. De pronto te dijo: “Rubén, yo no voy”. Tú sentiste que el mundo se te caía. “Yo no voy”. Antes ya la habías separado de su familia llevándola a Pueblo Libre, pero esta vez no iban a ser veinte minutos de combi. Era irse a otro país muy lejos. Con otras costumbres, con otra gente, y muy

lejos. Quién sabe cuándo ella podría regresar a ver a su madre, y a toda su familia. Quién sabe cuándo porque así nomás no podría hacerlo. “No, Rubén, yo me quedo en Lima”.

Ya no te mudaste de apartamento. A ratos has pensado que Amanda nunca te perdonó lo de Araceli. Siempre le quedó guardado el deseo de devolverte el golpe. No lo pudo hacer encontrando un amante jovencito para echártelo en cara. Entonces se quedó esperando a que llegara el momento. Y ese fue el momento. Tu familia no iría a verte, y tú, como eras ilegal no podías salir de Estados Unidos porque jamás te permitirían el reingreso. A ratos, piensas que Amanda fue sincera. Que realmente era incapaz de dejar a su madre, a su padre, a toda la parentela. Y que ella en Nueva Jersey se moriría de tristeza a pesar de los miles de peruanos que hay por ahí. Salud, por estas navidades, Rubén. Sigues sentado en el sofá, y en la televisión dos fulanos se carcajean. Jamás imaginaste que tu mujer y tus hijos se convertirían en una foto que tienes en la mesa de noche, en aquéllas que te envían de vez en cuando por Internet, en una llamada semanal. ¿Y qué hora es? Casi las dos de la mañana. Deberías probar de nuevo con el teléfono, aunque Paulín ya estaría durmiendo. Marcas todos los números de la tarjeta, los prefijos, el número de casa. Ojalá que entre la llamada. Ojalá. Sí, está timbrando. Vamos, que alguien conteste. Vamos, es veinticinco de diciembre y seguro que están despiertos. Vamos, es Navidad. Que contesten porque es Navidad y ése es el único regalo que has soñado.